

## 0986. La gran familia del Padre

Yo no sé cómo se imagina cada uno a Dios antes de la creación del mundo. No existía nada, absolutamente nada. ¿Y qué hacía Dios? ¿Qué hacía, sobre todo, la Persona del Padre, si era verdaderamente Padre?...

Pues, sí; como era *Padre* no soñaba sino en tener una gran familia. Y — vamos a hablar a nuestra manera— aquella su eternidad de antes de la creación del mundo se la pasó pensando: *Este mi Hijo divino es bello de verdad. Pero, ¿me voy a contentar con un Hijo solo? ¿No puedo tener muchos hijos más?*

Cuando pensamos así, no andamos del todo equivocados. San Pablo nos da la pista segura, al decirnos que Dios *nos eligió antes de la creación del mundo...* Veía lo que iba a ser la obra salida de sus manos, y viendo al hombre y a la mujer, se iba diciendo: *¿Y por qué este mi Hijo divino no puede ser un hombre, igual que ésos que veo en la lejanía..., un hombre que sea también un nacido de mujer?*

Decidido a que su Hijo fuera también un hombre, se iba diciendo el Padre: *Todos los hombres serán como mi Hijo, porque mi Hijo se habrá hecho un hombre como ellos. Entonces, mi Hijo divino será el primero de todos, el Primogénito, y todos los demás serán hijos en mi Hijo. ¡Y vaya familia que voy a tener!... Ellos serán mis hijos y yo seré su Dios y su Padre, dichosos todos, todos felices, yo con ellos y ellos conmigo...*

¡Benditos sueños de Dios Padre, que puso manos a la obra! Pero, para sufrir pronto un fracaso tremendo...

El hombre y la mujer, creados en inocencia, eran las delicias de Dios, que bajaba cada tarde al jardín para pasearse con ellos a la fresca del atardecer...

Hasta que vino la desgracia. *Adán, ¿qué has hecho?... Eva, ¿por qué te dejaste engañar?... Y tú, serpiente maldita, ¿crees que me vas a ganar?...*

Allí mismo corregía el Padre los planos primeros de la creación del hombre, y, como sabio arquitecto, trazaba otros planos nuevos, unos planos mucho mejores y más espléndidos, pues se dijo:

*- No le doy a Satanás la victoria. No condeno al hombre y a la mujer, sino que los quiero salvar. Mi Hijo me dará una gloria inmensa, porque, hecho hombre, con lo que me quiere, se hará obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. De este modo, mi amor brillará en todo su esplendor. ¡Le doy mi Hijo al mundo para que el mundo se salve!...*

Así va a ser. El Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo, se hace obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Dios Padre recibe entonces todo honor y toda gloria, y por este Hijo suyo, Jesucristo, concede al hombre el perdón y manda su Espíritu Santo, merecido por Jesús, sobre aquella Iglesia que había ideado desde el principio. Y se dijo El Padre:

*- Ahora, ¡a entrar todos en esta Iglesia, desde Adán y Eva, arrepentidos, y desde el justo Abel hasta el último de los elegidos que vendrá al fin del mundo! Reunidos todos en una Iglesia, cuando se haya completado todo, esa Iglesia será una Iglesia universal, la familia inmensa que tendré en mi presencia para siempre.*

En este sueño divino resumía San Pablo —y lo ha hecho ahora también el Concilio— la obra del Dios Padre, que, como vemos, es un *Padre misericordioso*. Culpables, no nos abandona a nuestra suerte, que hubiera sido la perdición, sino que nos salva en Jesucristo, haciendo que *donde abundó el delito sobreabundase la gracia*.

Cuando pensamos en Dios Padre, hemos de partir de esta realidad: Dios nos ama; y, porque nos ama, nos salva; y porque nos salva, nos quiere a todos en su felicidad eterna.

Al mirar así la obra de Dios Padre en el seno de la Santísima Trinidad, entendemos la obra de la redención obrada por Jesucristo y continuada por el Espíritu Santo, obra que se extenderá hasta el final de los tiempos, cuando la Iglesia haya completado el número de los elegidos.

Entonces Jesucristo entregará el Reino a Dios Padre, para que sea *Dios todo en todos* y en todas las cosas.

Dios se sentirá —seguimos hablando como hombres, a nuestro modo, pero así nos entendemos muy bien—, Dios se sentirá realizado plenamente en su *paternidad*, que soñaba en una familia grande, inmensa, innumerable, con hijos incontables. Todos serán hijos en el Hijo, en Jesucristo. Todos iguales que Jesucristo, porque todos se habrán conformado con la imagen perfecta que Dios se trazó en la Encarnación de su Hijo, hecho hombre de María Virgen.

Dios Padre, toda una eternidad pensando en nosotros con el amor inefable de la madre que lleva el niño en las entrañas. Después, toda una eternidad para gozar del cariño de los hijos que, con Jesucristo, seremos la felicidad del mismo Dios, mientras Él será nuestra felicidad sin fin.

Santa Teresa de Avila tuvo un arrobamiento inexplicable. Estaba en profunda oración, y vio cómo Jesús la tomaba y la presentaba a Dios Padre: *¡Toma, Padre! Te doy ésta que Tú me diste!* El Padre la tomó, la apretó contra Sí, la hizo suya con abrazo inefable, y añade la Santa: *Es imposible explicar aquella delicadeza, no se puede decir.*

No se puede decir, pero es lo que todos nosotros sentiremos cuando estemos en el seno de Dios nuestro Padre.

Ya ahora, al saber estas cosas que leemos en la Palabra de Dios y que la Iglesia nos enseña, es cuando entendemos nuestra vocación cristiana, en la que vale la pena perseverar, ¿no es así?...